

EL LUGAR DE LAS PASIONES DEL ALMA EN EL PENSAMIENTO MORAL EN
DESCARTES

JESÚS DAVID VERGARA CUENTAS

UNIVERSIDAD DE CARTAGENA
FACUTAD DE CIENCIAS HUMANAS
PROGRAMA DE FILOSOFÍA
CARTAGENA

2015

EL LUGAR DE LAS PASIONES DEL ALMA EN EL PENSAMIENTO MORAL EN
DESCARTES

JESÚS DAVID VERGARA CUENTAS

MONOGRAFÍA PARA OPTAR POR EL TÍTULO DE FILOSOFÍA

ASESORA

Mg. SANDRA LORENA HIDALGO ARANGO

UNIVERSIDAD DE CARTAGENA

FACUTAD DE CIENCIAS HUMANAS

PROGRAMA DE FILOSOFÍA

CARTAGENA

2015

DEDICATORIA

A Mi Santa Madre Iglesia que me ha dado la oportunidad de degustar los bienes celestiales y humanos a los que cualquier alma sedienta desea acceder.

A toda mi familia de sangre y a los que por adopción espiritual hacen parte de ella:
Encuentro Juvenil, La orden de la Santísima Trinidad, La arquidiócesis de Cartagena.

En fin a todos quienes han sentido la necesidad de preguntarse en su vida por su ser, que han sido capaces de buscar respuestas aún en caminos tenebrosos y oscuros, a todos y cada uno de los que han pasado una “Noche Oscura” es este escrito.

AGRADECIMIENTOS

A Dios Trinidad, Todopoderoso y Eterno, que ha tenido por bien suscitar en mi alma el estudio de un camino difícil pero certero como lo es la filosofía, para un encuentro personal con Él.

Al ángel que Dios me regaló para tratar de entenderme y entender al mundo, gracias profesora Sandra Lorena Hidalgo Arango, porque más que una docente ha sido mi guía y una muy buena amiga.

A mi madre Zayra Margarita Cuentas Mercado, que me ha apoyado en toda mi carrera, a ella que ha puesto su confianza en mí y me ha respaldado junto con mis tías Verena, Bertha Luz, Hilda Alexandra y Alba Luz.

A mi abuela Alba Luz Mercado Silgado quien ora incesantemente por mí y mis necesidades.

A mis amigos y hermanos de Encuentro juvenil que han acompañado mi proceso y me han ayudado a crecer humana y espiritualmente.

A ellos y a todos los que han hecho parte de mi formación, solo puedo decirles, Dios les pague, cuenten con mis oraciones y mi eterna gratitud.

ABSTRACT

La entrada de la modernidad en la historia de la humanidad implica nuevas formas de concepción del mundo. Todo cambio genera resistencia y el nuevo paso de la escolástica a la modernidad no será la excepción.

Pensar en un mundo regido por ideas racionales producto de la reflexión del mismo hombre, desligada de todo concepto piadoso y religioso, parece ser una empresa muy difícil de conseguir. Sin embargo, con diferentes estrategias la sociedad de finales del medioevo halló la forma de llevar a los sujetos cuestionamientos que requerían una respuesta diferente. En este contexto se encuentra René Descartes, quien con el proyecto racionalista pretende indagar un espacio poco conocido y trabajado, la consecución del conocimiento desde el método racional y las implicaciones que este tiene en las diferentes esferas de la vida del hombre.

En este redescubrir al ser humano se encuentra Descartes con el tema de la constitución biológica del hombre y su relación con la moralidad, tema que no pasará por alto sino que desarrollará junto con su pensamiento racional. Para ello se valdrá de sus conocimientos en fisiología para ubicar los apetitos y pasiones que siente el hombre, en una correspondencia física con el cuerpo pero también en relación al alma.

Si es novedoso, en la época de Descartes, pensar las pasiones desde un ámbito fisiológico, es aún más novedoso llegar por medio de la racionalidad filosófica a escudriñar un tema que se había reservado para los estudios teológicos y la moral cristiana.

Es por ello, que en su Obra “Los Principios de la Filosofía” en los apartes finales, descubre que las pasiones no se limitan a la distinción hechas por los padres de la Iglesia sino que van más allá. Parte sí, de las enseñanzas previas de las que tiene. En otros términos refiere lo que se ha hablado anteriormente de las pasiones conforme al alma y al cuerpo.

De ahí la importancia de trabajar el tema de las pasiones en Descartes para descubrir el lugar de las pasiones y del cuerpo en la formación del conocimiento moral y la incidencia de esta en el alma.

Palabras claves: pasiones, alma, cuerpo, moral.

INTRODUCCIÓN

El proyecto racionalista que abre la modernidad, especialmente con Descartes, plantea una nueva forma de ver el mundo. La enseñanza judeo-cristiana del conocimiento y la moral que hasta ese entonces imperaba era abordada de una manera diferente a la que propondría el filósofo francés, en la que el fundamento y la verdad no estarían supeditadas exclusivamente al ámbito religioso sino en un razonamiento de los argumentos que permitían percibir las cosas y las disciplinas como independientes al sentir religioso de la época.

Este cambio de ver el mundo, al hombre y su entorno trae consigo una nueva clase de planteamientos que no obedecen a la tradición religiosa sino a un pensar racionalista. La revolución copernicana, el advenimiento de la verdad objetiva en las ciencias, hace que Descartes se cuestione acerca de qué clase de conocimiento es certero y veraz, para tal fin propone el método que ha de guiar al hombre de forma efectiva al conocer claro y distinto.

Su teoría del conocimiento enfrenta un obstáculo referenciado por él mismo en el aparte tercero del Discurso del Método. Donde evalúa la necesidad de que este camino que se ha trazado en el conocimiento sea válido para todas las dimensiones de la vida humana llegando así al problema de la moral. Que si bien ha de tener un componente racional no se puede limitar a él, en tanto que el cuerpo aparece como agente productor de pulsiones o pasiones que a su vez condiciona la mente y la creación de resolución en el actuar diario.

Es aquí donde aparece el problema a abordar en este trabajo ¿Cuál es el Lugar de las Pasiones en el Pensamiento Moral en Descartes? Toda vez que existe un interaccionismo entre el cuerpo y el entendimiento precisamente en el acto mismo del afloramiento de las

pasiones en el cuerpo que condicionan el actuar moral y que regirá finalmente a la voluntad.

El proyecto racionalista que se inicia con Descartes tiene la pretensión de abarcar todas las dimensiones del ser, el conocer y el hacer humano. En el conocer humano, Descartes propone un método universal partiendo de las ideas innatas que por medio de la enumeración van develando un conocimiento cierto y verdadero, a tal punto que quien siga este método así no haya sido debidamente instruido en una disciplina en particular, debe obligatoriamente llegar a las mismas conclusiones en virtud del método mismo.

El Discurso pretende incursar en el campo moral, desde el cambio de eje de Dios al Hombre. El accionar humano es no visto como la consecuencia de un acto conforme a la ley religiosa sino como una resolución de la voluntad quien ha sido guiada por el entendimiento teniendo en cuenta las pasiones, dando paso a nuevas formas de interpretación de la moralidad que no están adscritas al pensamiento religioso o al dogmatismo de una creencia, permitiendo a su vez discriminar cada acción como particular y entendida desde su mismo contexto.

La pertinencia de este escrito estriba en la concepción del cuerpo como formador de valores morales que le atribuye Descartes, cuando en el medioevo el cuerpo era solo creador de antivalores y vicios. Así se marca un hito que dará paso a la posibilidad de nuevas interpretaciones acerca de cómo ver la moral desligada del sentido religioso en un contexto más racional y menos dogmático.

Así mismo se busca dar razón de la necesidad de integrar el cuerpo y el entendimiento en la conformación de la moralidad, donde la voluntad ha de ser guiada por el entendimiento

pero fijándose en lo que el cuerpo necesita. Mostrando que esta síntesis es la que permite efectivamente la evolución moral de cada acto en particular y de cómo a partir de este pensamiento podemos pensar la moralidad desde diferentes perspectivas actuales que no habrían sido posibles sin esta consideración cartesiana de la moral.

Para llevar a cabo esta empresa, abordaremos la temática de la siguiente manera. En primer lugar trataremos de reconstruir la problemática histórica del modo de concebir las pasiones. De modo que estudiando a los doctores de la Iglesia: San Agustín, Santa Teresa de Jesús y Santo Tomás, podamos descubrir el valor de las pasiones en la época inmediatamente anterior a Descartes, con el fin de poder analizar el planteamiento cartesiano de las pasiones y lo novedoso de su proyecto. Seguidamente veremos el enfoque fisiológico que da el filósofo francés, separándose de la tradición medieval y abriendo un nuevo camino al concepto pasión y a sus posibles implicaciones morales.

En aras de descubrir la relación de las pasiones con la moral, en el apartado segundo, trabajaremos el posicionamiento de las pasiones en el sistema cartesiano y en la antropología, vislumbrando una posible respuesta del lugar de las pasiones del alma en el pensamiento moral en Descartes.

Finalmente plantearemos los hallazgos obtenidos durante la elaboración de este escrito, a fin de comprender la importancia del nuevo orden moral que ofrece la modernidad con Descartes y lo referente al tema de las pasiones.

TABLA DE CONTENIDOS

1. LAS PASIONES EN LA HISTORIA.....	11
1.1. Las pasiones en San Agustín.....	12
1.2. Las pasiones en Santa Teresa de Ávila.....	17
1.3. Las pasiones en Santo Tomas.....	22
1.4. La manera de abordar las Pasiones en Descartes en comparación con sus predecesores.....	26
1.5. Explicación Fisiológica de las Pasiones.....	29
2. DE LA FORMA COMO EL INTERACCIONISMO CARTESIANO PERMITE RELACIONAR LAS PASIONES CON LA RACIONALIDAD.....	40
2.1. El método y la relación derivada de la razón con las pasiones.....	42
2.2. El interaccionismo, la razón y las pasiones.....	44
2.3. La visión del hombre como compuesto de cuerpo y alma y su relación con las pasiones.....	48
2.4. La nueva manera de relacionar las pasiones con la moralidad en Descartes.....	55
CONCLUSIÓN.....	64
BIBLIOGRAFÍA.....	67

1. LAS PASIONES EN LA HISTORIA

Hablar de pasiones como simples impulsos que tiene el cuerpo humano y que comparte con el reino animal, implicaría aceptar la imposibilidad de que las pasiones sean apreciadas como elementos de estudio del ámbito moral. Recurrentemente y a través de la historia se toman las pasiones (de aquí en adelante denominadas también apetitos) como lo demoniaco, lo imperfecto lo que no deja al hombre ser hombre en aras de la perfección divina a la que está llamado.

Esta perfección divina no es más que el producto del pensamiento religioso judeo-cristiano al que se encuentra adscrita la definición del hombre como el ente que está “llamado a ser” igual que su Creador “*sed perfectos como vuestro Padre que está en el cielo es perfecto*” (Mateo 5, 48). Por ello, en este primer capítulo, rastreadremos la enseñanza Cristiana desde los fundamentos filosóficos en torno al concepto de pasión, a fin de determinar cómo han de ser consideradas estas pasiones y qué puesto se les deben dar en la vida humana.

Tomando como punto de partida la enseñanza patristica y la escolástica nos remitiremos aquí a los autores más relevantes del pensamiento cristiano reconocidos como doctores de la Iglesia, para así, poder identificar los elementos del pensamiento de estos teólogos que se hayan presentes en la concepción de las pasiones que heredará Descartes y lograr una mejor comprensión del pensamiento que el filósofo francés tiene con relación al tema de las pasiones.

1.1. Las pasiones en San Agustín

San Agustín, ilustre hijo de Hipona, nacido en el 354 d.c. conocedor del pensamiento maniqueo, lector de Plotino y de la filosofía clásica, especialmente de Platón, aborda diferentes temáticas con respecto a la constitución del hombre, su destino, su misión y todo lo que le constituye. Entre todo su pensamiento rescataremos el tema que nos interesa en esta investigación, a saber, el lugar del cuerpo en la concepción del hombre, que San Agustín compartía en gran medida con los filósofos antiguos, especialmente con Platón.

Así es como en su obra, *La Ciudad de Dios*, afronta la composición dual del hombre, el doctor de la iglesia asevera que las pasiones no se circunscriben simplemente a la composición del cuerpo sino que existen pasiones del alma.

En este sentido, para el obispo de Hipona, existen pasiones provenientes de pulsiones naturales o deseos de la “carne”,¹ tales como el deseo sexual, la necesidad de alimento, de bebida, que son requeridas por el propio cuerpo y que son denominadas pasiones. Sin embargo, existe otro tipo de pasiones que no son inherentes al cuerpo humano, y que retomando al apóstol Pablo, San Agustín las propone como contrarias a las virtudes o “pasiones buenas”², como lo son la hechicería, los celos, la ira, que si bien se manifiestan en el cuerpo, será por consecuencia y no por origen. Pues, el origen de este tipo de pasiones se encuentra en el alma. Por lo tanto, cuando el Santo Doctor habla de pasiones no está solamente inmersa la parte material de los requerimientos propios que hace el cuerpo sino

¹ Término que designa por lo menos tres tipos diferentes de acepciones en San Agustín: cfr. *La Ciudad de Dios* Capítulo II.

² El término pasión buena será rebatido en autores como Santo Tomás de Aquino y Descartes, mientras que autores de tradición agustina, franciscana y místicos en general se ceñirán a estas pasiones como buenas o malas.

también aquellas emociones, sentimientos y reacciones que tiene el alma humana (cfr. Agustín, 2009)

San Agustín toma de los estoicos la privación de las pasiones, quienes afirmaban que la pasión era la respuesta a un error del juicio y debido a este juicio equivocado el hombre actuaba conforme su instinto animal, de ahí que fuera preferible negarse a cualquier clase de pasión, no sea que alguna sea provocada por estos errores del juicio que parecen estar presentes en toda la vida humana. En este sentido, las pasiones del cuerpo: como la fornicación, la lujuria, la gula, son dañinas al hombre y lo apartan del sumo bien.

Sin embargo, así como las pasiones del cuerpo apartan al hombre de su llamado a ser, planteado por San Agustín y reforzado por la lectura agustiniana del pensamiento estoico, también las pasiones del alma que no son guiadas al igual que las del cuerpo por el amor (y este amor emana del amor de Dios según la tradición judeo-cristiana), entonces, también serán pasiones que alejan al hombre de su fin último, que no es otro que conocer y amar a Dios desde su ser y existir. Por ello coincide, el obispo de Hipona, en el fondo con los estoicos al pensar que las pasiones (reduciéndolas a los apetitos naturales del alma y del cuerpo) son malas y solo sirven para desvirtuar al hombre del Bien Supremo que es Dios.

En los estoicos, se ve reflejada la anulación de las pasiones en la “*apatheia*” que es la felicidad moral más perfecta a la que se puede aspirar. En San Agustín esta apatía o insensibilidad va unida a la felicidad suprema que no es la del cuerpo al ser este, accidental, finito y contingente, por estar regido por principios naturales que condicionan al cuerpo a ser “polvo” como refiere el relato del Génesis. Más bien, la felicidad va de acuerdo con lo

eterno, intangible e inmaterial, es decir con el alma que participa de la acción creadora de Dios antes de todo lo creado.

A pesar de la posición no tan benévola que da el Doctor de la Iglesia al cuerpo, reivindica la posibilidad de que este no sea enteramente malo, ya que la creación como obra del mismo Dios no puede ser errada o equivocada y aun cuando el cuerpo es concupiscente, tiene la posibilidad de purificarse.

Esta doctrina dualista agustiniana que afirma la supremacía del alma en relación del cuerpo, al ser la primera creada para hacer partícipe al hombre con su creador, va encaminada a la búsqueda de la perfección del alma misma, haciendo que el cuerpo colabore con su salvación. La finalidad en San Agustín, es poder unir en las dos sustancias, la sensible y la inmortal, el alma y el cuerpo, la posibilidad de la salvación en los actos concretos en las que el alma mueve al cuerpo. Así, la ocasión de pecado no se encuentra sólo en los deseos de la carne sino que trasciende hasta la posibilidad de corromper el alma, de igual manera la salvación no sólo compete al alma sino que debe haber una unidad de acción con el cuerpo, buscando siempre la configuración con Cristo y su Iglesia.

Por otra parte y para complementar la concepción que el santo Obispo de Hipona tenía del ser humano, es importante destacar que de los maniqueos Agustín retoma su explicación de la creación, Dios único y eterno que vive desde siempre, crea todo perfecto pues en él no existe mutabilidad alguna como tampoco en su creación. La posibilidad de evolución de la creación está en el germen perfecto que contiene en sí mismo la evolución como necesidad,

por ello el hombre es en cierto punto libre pero a su vez, el mismo Dios le dice qué ha de hacer para manejarse moralmente de acuerdo con él que es el Bien Supremo.

Si bien existe un acercamiento al pensamiento maniqueo en la concepción de las relaciones entre Dios y la creatura llamada hombre, hay que reconocer que se aparta de la enseñanza maniquea al realzar el papel del cuerpo en el ser del hombre. Según la enseñanza maniquea, el cuerpo era el principio malo al ser este corruptible, lo que convertía a este en algo despreciable y malo. Las pasiones entonces, sólo podrían emanar de lo contingente, de lo cambiante, de lo corruptible, es decir sólo han de ser suscitadas por el cuerpo. Por otra parte, el principio bueno o bondadoso, que permite al hombre ser verdaderamente hombre es el alma insuflada por la divinidad, Dios, quien comparte con el hombre el aliento de vida le da la posibilidad de configurarse con él y en esta configuración no puede haber un ápice de maldad, por tanto las pasiones no pueden provenir, según los maniqueos del alma, reservando estas al cuerpo que en consecuencia es despreciado y satanizado. Por ello lo espiritual sería lo contrario del cuerpo y en esta dimensión no habría posibilidad alguna de una pasión del alma.

Se aparta San Agustín de una satanización del cuerpo, como proponían los maniqueos, toda vez que lo presenta como medio de redención y salvación en la que el alma debe buscar siempre el actuar con amor, por amor y en el amor. Es decir, hacer cumplir las palabras del apóstol Santiago *“muéstrame tu fe sin obras que yo con mis obras te muestro mi fe”*³ Las obras sólo son posibles en la unidad cuerpo y alma propuesta por la patrística, en el cumplimiento de las obras de misericordias pregonadas por Jesús en el evangelio: dar de

³ Carta del Apóstol Santiago 2, 18.

comer al hambriento, dar de beber al sediento, vestir al desnudo, acoger al peregrino, entre otras. Se convierte así el cuerpo, en la condición de posibilidad del actuar moral según los parámetros del propio cristianismo, actos que inician en el cuerpo pero que terminan en la edificación del alma.

La visión agustiniana sobrepasa la mirada maniquea de las pasiones, quedando en el pensamiento de la época que las pasiones son, según lo afirmado por San Agustín, toda aquella afección que sufre el cuerpo y el alma que lo desvía del sumo bien al no seguir el camino de las virtudes teologales, especialmente guiada por el amor⁴. En otras palabras una pasión es pasión buena si está acompañada del amor que propende al bien y su contraria si es un alejamiento del bien supremo (Agustín, 2009)

Finalmente se podría afirmar que, el valor del cuerpo en la vida humana, para San Agustín, radica en el que el cuerpo debe procurar que la vida sea conforme al Espíritu, Espíritu que guía al alma, al ser el espíritu de Dios. No conforme al alma, sino una vida que procure los sentimientos de Cristo. Por ello, aunque el cuerpo haga caer al hombre no es inicialmente malo, pues Dios todo lo crea bueno y perfecto. Podemos entonces pensar que en principio las pasiones no serían ni buenas ni malas, a no ser que, para el santo Doctor no podrían existir (las pasiones) si no son queridas y movidas por el libre albedrío que posee cada hombre, llevándolo a actuar conforme a lo que establece como objeto de deseo, en otras palabras, se refiere aquí el Santo obispo, a la voluntad, la cual está fundada en el acto de libertad que Dios concede a todo hombre para que actúe según su parecer, identificándose con el designio divino o contrario a él. A tal punto que las pulsiones o deseos que van

⁴ Cfr. (Agustín, El Libre Albedrío, I, 64)

guiadas por la virtud no son llamadas pasiones. Dejando este término a las que se apartan del sumo bien querido por las virtudes teologales.

Esta sublimidad del Bien Supremo que “sólo habla al alma” hace que en la Iglesia durante mucho tiempo despreciara el cuerpo y lo proveniente de él como impuro, pero el pecado no solo se restringe a darle placer al cuerpo sino al consentimiento del alma en este darle placer. Por ello, la pasión por sí sola no es problemática, es más, sería inexistente si no es querida y evitada. En caso de ser querida sería igual a pecar, en caso de ser evitada sería vencer en el amor.

En San Agustín, vemos pues un intento de reconciliación del cuerpo y del alma, sin embargo, este intento no es del todo beneficioso, por lo menos para el cuerpo. Supeditar el cuerpo a la acción del alma y considerarlo un simple medio para llegar a la realización plena de la parte divina del hombre, es en últimas despreciar a este, reduciéndolo a un mal necesario, pero a fin de cuentas un mal que sólo al despojarse de él se puede encontrar la felicidad.

1.2. Las pasiones en Santa Teresa de Ávila

Luego de estudiar al Obispo de Hipona, situado en el siglo V de nuestra era, con respecto a su pensamiento en torno a las pasiones, seguimos ahora las huellas del pensamiento de Santa Teresa de Ávila, religiosa del siglo XVI y reformadora de una orden reconocida como lo es el Carmelo, creando así la rama del Carmelo Descalzo, situación que le permitió influir de manera directa sobre las diferentes reformas de las órdenes religiosas masculinas y femeninas de aquella época, dándole renombre, siendo el punto de partida para diferentes místicos contemporáneos suyos. Al igual que San Agustín, esta santa es exaltada como

Doctora de la Iglesia en la fe católica y gracias a sus sonetos, poemas y escritos, es reconocida en el mundo como una literata, filósofa y doctora. A continuación utilizaremos estos sonetos para obtener el pensamiento de la Santa Reformadora frente al tema de las pasiones.

La Tradición⁵ de la Iglesia, siguiendo las directrices de San Agustín, resalta la discriminación por las pasiones despreciándolas hasta tal punto de maldecirlas por no llevar en sí mismas el deseo de Dios. La Santa Doctora de la Iglesia y reformadora del Carmelo Santa Teresa de Ávila escribe en sus poemas:

¡Ay, qué larga es esta vida! ¡Qué duros estos destierros, esta cárcel, estos
hierros en que el alma está metida! Sólo esperar la salida me causa dolor tan
fiero, que muero porque no muero (Teresa, 2001).

En el verso anterior de su obra, nos demuestra y reafirma la existencia de pasiones del alma: “*sólo esperar la salida me causa un dolor tan fiero*” y culmina con la expresión más cargada de desprecio y de esperanza acerca de lo que vive: “*que muero porque no muero*”. Sin embargo, la pasión es necesaria para la obtención de la vida eterna. Es la prueba que el cristiano ha de pasar y ha de vivir con ella. El cuerpo adquiere en Teresa no sólo un uso instrumental como e San Agustín, es decir, no se limita a que se debe hacer uso de las carencias del cuerpo para demostrar el amor de Dios en las obras de misericordia, existe una nueva perspectiva del cuerpo y por ende de las pasiones que este produce. Se convierte

⁵ Ha de diferenciarse la tradición con “t” minúscula que se refiere a lo relativo a las prácticas culturales perpetuadas en una sociedad a la Tradición de la Iglesia que lleva consigo la enseñanza del magisterio acerca de la Verdad revelada.

ahora en una lucha que el alma debe ganar, si en la patrística las pasiones debían ser evitadas al estilo estoico, santa Teresa invita a luchar contra ellas y derrotarlas, este ejercicio espiritual no sólo permite la adhesión con cristo en la cruz, sino que hace partícipe de la acción del espíritu que fortalece el alma venciendo al cuerpo.

Santa Teresa en su escrito nos revela un poco más de la concepción que tenían sus coterráneos del siglo XVI acerca de las pasiones:

¡Ay, qué vida tan amarga do no se goza el Señor! Porque si es dulce el amor, no lo es la esperanza larga. Quíteme Dios esta carga, más pesada que el acero, que muero porque no muero⁶.

En otros sonetos atribuidos a la Santa, parecen estar las pasiones desligadas del sentimiento, del apetito, pues, a juicio de esta doctora de la iglesia, la fe debería ser la única directriz de la voluntad. Es decir, la voluntad humana continua siendo pensada como algo frágil a la hora de dirigir la vida del hombre, razón por la cual es necesaria la ayuda sobrenatural, el don divino de la fe como respuesta a las pulsiones por las cuales la voluntad decide su actuar. En “*A mi Jesús crucificado*” expresa:

“No me mueve mi Dios para quererte el cielo que me tienes prometido ni me mueve el infierno tan temido para dejar por eso de ofenderte. Tú me

⁶ Este especial soneto en el cual expresa el deseo del alma por alcanzar la plenitud del encuentro con el amado. En otros sonetos tanto Santa Teresa de Jesús como San Juan de la Cruz expresan la travesía del alma quien debe derribar las moradas o castillos internos que no permiten el acercamiento con el Divino Redentor.

mueves Señor, muéveme el verte clavado en una cruz y escarnecido,
muéveme el ver tu cuerpo tan herido, muéveme tus afrentas y tu muerte,
muéveme en fin tu amor y en tal manera que aunque no hubiera cielo yo te
amara y aunque no hubiera infierno te temiera, no me tienes que dar por que
te quiera pues aun cuanto espero no esperara lo mismo que te quiero te
quisiera” 7 (Teresa, 2001)

En la filosofía de santa Teresa es la fe profunda puesta en el crucificado la que debería guiar el actuar humano, la consecuencia de este pensamiento se reflejará en que la doctora de la Iglesia denigra aún más al cuerpo e incluso ciertas decisiones tomadas por la voluntad al no estar acorde con el deseo de Dios.

Vale la pena mencionar que en el pensamiento de santa Teresa las pasiones son vistas, al igual que en todos los místicos,⁸ como una carga pesada que aleja al hombre de la realización de su ser, el cual no está en el cuerpo sino en el alma. Una de las razones de esta idea radica en que los místicos tras la contemplación de la beatitud de Dios saben que deben despreciarse a sí mismos a fin de agradar a Dios, y la forma de lograrlo es, en primer lugar alejándose de lo que el cuerpo pide, pues el cuerpo es contrario al alma.

⁷ Soneto atribuido a muchos religiosos del siglo XVI. Sin embargo, es fiel al pensamiento teresiano de que la fe no ha de ser dirigida por emociones, castigos o premios, sino debe ser movida por el querer conformarse con el mismo Dios crucificado.

⁸ Los místicos eran consideradas personas sumamente espirituales que tienen un encuentro personal con Dios a través de una revelación personal. En el caso de Santa Teresa llamada la transverberación, en el caso de San Francisco los estigmas, en el caso de San Juan de Mata la revelación angélica de la Trinidad. Estas experiencias refuerzan la tesis de la trascendencia (vista como la unión plena del alma con Dios) del alma y la primacía de esta con respecto al cuerpo.

En esta dirección es importante mencionar que el pensamiento de Santa Teresa con relación al descrédito por las cosas temporales que va de la mano del sentimiento de redención que era común a los místicos y a las comunidades del siglo XVI. Es decir, este tipo de sentimientos místicos no se pueden tomar como pasiones del alma buenas, por su grado de intimidad con Dios, están en un grado de perfección que supera cualquier virtud y actitud humana sea en el cuerpo sea en el alma, es por ello que escapa inclusive a la relación humana, ejemplo de ello es el testimonio teresiano de la transverberación⁹.

El “vivir en el Espíritu”¹⁰ implica apartarse de los bienes pasajeros. En las constituciones impuestas por la reformadora carmelita a sus hijas de convento rechaza contundentemente cualquier placer que el cuerpo pueda tener: “las camas sin ningún colchón, sino con jergones de paja; que probado está por personas flacas y no sanas que se puede estar... jamás haya alfombras, si no fuere para la Iglesia”¹¹

El aprecio por las pasiones y por cualquier tipo de alejamiento de Dios es totalmente reprobado. Las constituciones de las órdenes religiosas no van solo contra los apetitos del cuerpo, que son atacados en todas las reglas religiosas, si recordamos las *regulas*¹² famosas por ese entonces que atenuaban la relación de los cristianos con la riqueza, como la regla de San Francisco, la Regla de San Juan de Mata, el propio Carmelo al que Santa Teresa acusa

⁹ Experiencia mística de Santa Teresa donde su corazón es traspasado por una flecha de un querubín. Este tipo de vivencia mística traspasa cualquier posibilidad de razonar, traspasa aún la humanidad del hombre, es única y exclusivamente la relación del amado con la amada, es el encuentro íntimo del alma con Dios, es por ello que se afirma que esta experiencia no puede ser catalogada si quiera como una pasión buena o virtud, pues no es el cuerpo quien la desea, ni el alma quien la busca, sino es el mismo Dios quien la propicia.

¹⁰ Recordando las palabras de San Pablo a los gálatas.

¹¹ Sta Teresa de Ávila, Regla Carmelita

¹² Según el Código de derecho canónico las reglas son las normas de vida que rigen a los hermanos y las hermanas monacales y de vida religiosa activa.

de descuidar la regla antigua dejándose atraer por los placeres de las pasiones y las comodidades otorgadas al interior de los conventos. Es por esta razón, que las pasiones quedan aún más desvirtuadas como obras del mismísimo demonio al apartar lo bueno de la Iglesia, cuerpo místico, de la cabeza que es Cristo.

1.3. Las pasiones en Santo Tomas

Contrario a las enseñanzas agustinianas fundadas en Platón y cristianizadas, llega el espíritu de una nueva visión de las realidades terrenas se presenta la filosofía de Santo Tomas de Aquino, religioso dominico y estudioso de Aristóteles, que en su obra aborda otra vía diferente a la agustiniana para mostrar la realidad de la existencia de las pasiones del alma. En “*Suma Teológica*”¹³ para llegar a la existencia de las pasiones del alma, el dominico muestra primero las objeciones que refutan la existencia de este tipo de pasiones. Así en esta obra se puede leer:

La pasión es el camino para la corrupción, porque *toda pasión acrecentada altera la sustancia*, como dice el libro *Topicorum*. Pero el alma es incorruptible. Luego no hay ninguna pasión en el alma (Tomás, 2001).

A lo que el santo dominico responde a esta objeción basándose en la epístola de Pablo a los Romanos, concluyendo la existencia de las pasiones del alma:

Mientras estábamos en la carne, las pasiones de los pecados, que eran por la ley, obraban en nuestros miembros. Ahora bien, los pecados están

¹³ Suma de Teología, Santo Tomas de Aquino, BAC, España 2001

propiamente en el alma. Luego también las pasiones, dichas de los pecados, están en el alma (Tomás, 2001).

La demostración de Santo Tomás a través de las sagradas escrituras, acerca de la existencia de pasiones del alma, reafirma la enseñanza eclesiástica, a la vez que le permite al escolástico conocer una nueva concepción acerca del conocimiento del hombre con su cuerpo, y la configuración de este con Dios a través de la Iglesia que lo invita a combatir este tipo de pecado o pasión.

Hemos rastreado hasta aquí la explicación tomista de la existencia de las pasiones del alma. Si bien el alma es lo que permite al hombre acercarse progresiva y totalmente a la perfección divina, no quiere decir esto que el alma esté exenta de sufrir, al igual que el cuerpo, de pasiones que puedan desvirtuar su camino prefiriendo y deseando objetos más bajos que el amor de Dios.

Ahora bien, en Santo Tomás se abre una novedosa concepción acerca de las pasiones. No sólo se remite a la explicación agustiniana y teresiana de estas, sino que trasciende el análisis permitiéndonos conocer aún más de la constitución de las pasiones. El santo dominico nos muestra en "*Suma Teológica*" que:

Las pasiones del alma pueden considerarse de dos maneras: una, en sí mismas; otra, en cuanto están sometidas al imperio de la razón y de la voluntad. Si, pues, se consideran en sí mismas, es decir, en cuanto son movimientos del apetito irracional, de este modo no hay en ellas bien o

mal moral, que depende de la razón, como se ha dicho anteriormente (q.18 a.5). Más si se consideran en cuanto están sometidas al imperio de la razón y de la voluntad, entonces se da en ellas el bien o el mal moral, pues el apetito sensitivo se halla más próximo a la misma razón y a la voluntad que los miembros exteriores, cuyos movimientos y actos, sin embargo, son buenos o malos moralmente, en cuanto son voluntarios. Por consiguiente, con mucha mayor razón, también las mismas pasiones, en cuanto voluntarias, pueden decirse buenas o malas moralmente. Y se dicen voluntarias o porque son imperadas por la voluntad, o porque no son impedidas por ella (Tomás, 2001, Parte I-IIae - Cuestión 24).

Santo Tomás nos ha mostrado, por medio de sus elucubraciones teológicas, la evolución del pensamiento religioso. Considerar la posibilidad de la existencia natural de las pasiones desprovistas de toda moralidad, permite humanizar y descentralizar la discusión del comportamiento humano, llevándola a un terreno diferente del actuar conforme los mandatos y directrices dadas por Dios a través de la Iglesia. Sin embargo, esta ventana que abre santo Tomás no implica un distanciamiento con el ser religioso del hombre, es más una especie de identificación con lo que aleja al hombre de la divinidad y lo acerca a la animalidad. Por tanto, si bien concibe el escolástico, la parte irracional de las pasiones y las reconoce como acciones del mundo animal, también deja en claro que, estas entran en relación con la voluntad humana y es aquí donde no puede desligarla del acontecer moral del sujeto, haciéndolo bueno o malo, según sea su control sobre las pasiones.

La relevancia de exponer a muy grandes rasgos la concepción que tenían de las pasiones los teólogos de la iglesia, que precedieron a Descartes, radica en que para comprender la novedad del pensamiento cartesiano es necesario comprender en que se distanció del pensamiento de sus predecesores. En esta dirección es preciso resumir el pensamiento de San Agustín de Hipona señalando que en el pensamiento de este teólogo las pasiones en un principio son buenas y malas según el amor que las acompaña, esto es así porque ellas validan su acepción de bien y del mal, entendido el bien como el acercamiento a Dios y el mal como el alejamiento del hombre del Bien Supremo. De ahí que las pasiones buenas son llamadas virtudes por San Agustín y el término “pasiones” queda referido a la parte negativa de éstas. Subsiguientemente, esta doctrina que fue seguida por las órdenes religiosas sometidas a la regla agustiniana, como regla de vida comunitaria, compartida y aceptada por la gran mayoría de pueblos cristianos.

Posteriormente, con el surgimiento del pensamiento tomista se dará una diferencia con relación a la relación agustiniana respecto a la imagen de las pasiones como buenas o malas, ya que el fraile dominico en su doctrina teológica despoja a las pasiones de cualquier moralidad asociada con el plano natural para trasladar esta relación al campo intelectual.

Así, las pasiones para santo Tomás no son ni buenas ni malas por causa de la constitución natural del hombre. Así en *La Suma Teológica* afirma:

En efecto, el bien y el mal moral es propio del hombre, pues lo moral propiamente se dice de lo humano, como afirma San Ambrosio, Super

Lucam. Pero las pasiones no son propias de los hombres, sino que también son comunes a otros animales. Luego ninguna pasión del alma es buena o mala moralmente. (Tomás, 2001, art. 1)

Tenemos pues que, en el pensamiento tomista, las pasiones son moralmente buenas o malas en virtud de la razón que acompaña la voluntad. En otras palabras, cuando la voluntad permite el actuar pasando por una pasión y busca un bien mayor, que se relacione con la elevación del alma y la conformación con Cristo, esta pasión será tomada por el santo doctor como una pasión que posibilita el encuentro personal con Dios, tales son el deseo por lo bueno, el amor al prójimo, la ayuda desinteresada, que son movidas por pasiones de misericordia, piedad, entre otras. Por otro lado, si la pasión es querida como fin y no se utiliza adecuadamente entonces esta pasión desembocará en actos egoístas, que aun cuando se revistan de un bien aparente son excitadas por un impulso alejado del verdadero bien. Es decir, el alma en vez de buscar su plenitud, se conforma con poco, quedándose en un plano inferior y casi que material.

1.4. La manera de abordar las Pasiones en Descartes en comparación con sus predecesores.

La pretensión del filósofo francés, lejos de hacer un recuento histórico, es proporcionar fundamentos para el conocimiento de las pasiones y su incidencia en el actuar del hombre. Esto no quiere decir que el cimiento de su estudio no tenga precedentes, es más, podría afirmarse que en su obra hay rastros de las consideraciones de los doctores de la Iglesia. No obstante, el propósito de Descartes es proporcionar bases racionales diferentes a las tradicionales y despojarlas de todo aspecto religioso-teológico a fin de poder relacionarlas

en primera instancia con el aspecto biológico del hombre y así observar la incidencia de éstas en el actuar cotidiano de cada hombre. En el primer párrafo de *Las Pasiones del Alma* enuncia la distancia que va a tomar con respecto a sus predecesores y la novedad que supone el tratamiento que le dará al tema:

En nada se manifiesta tanto lo defectuosas que son las ciencias que debemos a los antiguos, como en lo que han escrito de las pasiones }...{lo que han enseñado acerca de ella los antiguos es tan poca cosa, y en general tan poco digno de crédito, que ninguna esperanza abrigo de acercarme a la verdad en este punto, sino me aparto de los caminos que ellos siguieron; por lo cual me veo obligado a escribir aquí como si se tratara de una materia de que nadie se hubiera ocupado antes que yo (Descartes, *Las Pasiones del Alma*, 2009)

Los antecedentes acerca del estudio de las pasiones, según constata el mismo Descartes, han sido infructuosos. Por ello debemos en primera instancia desentrañar hacia quién va la crítica cartesiana.

Las pasiones, de acuerdo con el tratamiento que les había dado la filosofía tradicional habían sido tomadas en el estudio desde un ámbito totalmente distinto en la que el filósofo de la Haya pretende abordarlas. La crítica efectivamente va a filósofos de la Grecia antigua que al ser tan radicales como los estoicos, denigran tanto el papel de la pasión. Otros, por el contrario como los hedonistas, propendían al placer o formas más elaboradas de este pensamiento como los epicúreos, dándole a las pasiones un lugar privilegiado en sus formas

de vida, en detrimento del dolor y las angustias que eran totalmente combatidas. Contra esta polarización es que arremete Descartes.

Podríamos pensar entonces que al Agustín tomar entre sus fuentes la enseñanza estoica, su doctrina va en contravía del pensamiento cartesiano, al igual que Santa Teresa y santo Tomás irían entonces contra la filosofía de Descartes. Podríamos preguntarnos ¿qué tan cercano está el pensamiento tomista del cartesiano como lo afirmábamos líneas atrás? O ¿por qué incluimos las acepciones de pasiones que se dieron en pensamientos diferentes, de pensadores diferentes si el mismo Descartes reconoce que los estudios anteriores a él no han sido fructíferos?

A los anteriores interrogantes debemos abogar que, si bien Descartes no toma la filosofía patristica y escolástica como fuentes citadas podemos ver una gran similitud entre su pensamiento y estas escuelas. Probablemente su intención, lejos de denigrar el pensamiento medieval, era un intento de una nueva forma de pensamiento, saliendo de los cánones ya establecidos desde el platonismo por San Agustín o desde el aristotelismo con santo Tomas, pues el corpus agustiniano y tomista, no implica simplemente un tema en particular sino el conglomerado de problemáticas a los que de una u otra forma los clérigos referenciaran respuestas teológicas y de fe, que a Descartes por la misma naturaleza de sus escritos no le interesa abordar estas disquisiciones teocéntricas que afectan la vida del hombre pero que siempre tienen a Dios como eje y motor de todas las cosas.

Ahora, esta posible respuesta al silencio cartesiano frente al pensamiento tomista, por lo menos, no sólo tiene que ver con una separación del sentido religioso que devenga la

autoridad eclesiástica o de mantener buenas relaciones con la comunidad académica de su entonces, que pretendía y abogaba por una discusión más racional, sin dejar de lado su filiación con la Iglesia Católica.

Descartes critica, no sólo lo que se ha enseñado acerca de las pasiones sino también el modo de abordarlas. Pues este, pretende desligar la naturaleza y la acción de las pasiones, al problema de si se dan por el libre albedrío, si fueron queridas por Dios, si son el resultado del pecado. Quiere y pretende el filósofo francés desvincular este modo de abordarlas, pues a su juicio la discusión se debe tomar por separado. Es decir, para Descartes el cuerpo humano es entendido de una forma mecanicista y, en consecuencia, las pasiones han de ser estudiadas y comprendidas tanto en el aspecto fisiológico como psicológico¹⁴.

Es aquí donde podemos ver un claro distanciamiento de la enseñanza agustiniana, del tomismo y del pensamiento de los místicos, a saber, la forma fisiológica-mecanicista de abordar las pasiones, aunque es preciso mencionar que si bien descartes aporta un nuevo sentido a la discusión, no se distancia radicalmente del pensamiento de sus predecesores.

1.5. Explicación Fisiológica de las Pasiones

El escrito cartesiano Las Pasiones del Alma a diferencia de otros escritos acerca de ellas, no es un compendio de moral. La pretensión del escritor y filósofo francés, no es hacer un apéndice de una problemática moral. En el aparte anterior a este, habíamos definido que la hoja de ruta de Descartes está lejos de dar indicaciones morales acerca de las pasiones, claro que tendrán implicaciones en el actuar moral, pero el escrito no es en sí un tratado de

¹⁴ Cfr. (Descartes, Las Pasiones del Alma, 2009, pág. 63)

moral, sino un tratado fisiológico del actuar del hombre. Por ello, esta obra del filósofo de la Haya, la debemos ver como un compendio fisiológico con implicaciones morales, y esta es nuestra ruta, descubrir lo fisiológico de las pasiones para poder dar cuenta de su papel en la moralidad, concepto que abordaremos más adelante.

El estudiar *Las Pasiones del Alma* como un compendio fisiológico, nos llevaría a preguntarnos acerca de la pertinencia de este estudio. Sin embargo, podemos afirmar que, si bien la pretensión de Descartes es comprender y dar a conocer las pasiones desde el ámbito netamente fisiológico, también implica estudiar posteriormente su ejecución en el hombre que las padece o que las pretende. Es decir, el sujeto activo o recesivo de las pasiones, es un sujeto moral y las pasiones que en él acaecen o las que él mismo busca definen una hoja de ruta en la concepción moral del individuo, sin la necesidad de hablar de una moralidad subjetivista o relativista. Así, queda legitimada el nombre de esta obra y su contenido al no quedarnos solo con un análisis fisiológico de las pasiones, que sin embargo, es de vital importancia para este estudio.

En primer lugar es preciso referir la acepción que tiene el término <pasiones> en la obra filosófica de este pensador, así en el primer libro de *las pasiones del Alma*, Se afirma que:

Todo lo que de nuevo se hace o acontece es denominado en general por los filósofos: pasión, con relación al sujeto a quien le acontece, y acción con relación al que hace que le acontezca; de manera que, por más que el agente y el paciente sean con frecuencia muy distintos, la acción y la pasión no dejan por eso de ser una misma cosa que tiene dos nombres, en razón a los

dos sujetos diferentes a que puede referirse. (Descartes, Las Pasiones del Alma, 2009, págs. 25-26)

Las pasiones son presentadas aquí como queridas por el sujeto o excitadas en el sujeto. Sin embargo, lo primordial es resaltar que las pasiones acaecen en el hombre y constituyen parte de él. Así, toda pasión es una acción sea deseada o sea excitadas.

De acuerdo con lo escrito por Descartes, según sea el agente o el paciente así serán las pasiones que en el acontezcan, para ello Descartes divide estas pasiones en el mismo sentido. Las que acontecen en el hombre y las que el hombre por su propia voluntad desea que le acontezcan.

Ahora bien, la importancia de retomar el análisis fisiológico de las pasiones, adelantado por Descartes, radica en que de acuerdo con los planteamientos de este filósofo debemos entender en primer lugar al cuerpo como generador de vida y al alma en unión con el cuerpo. Si bien este tema lo abordaremos profundamente en el siguiente capítulo, vale la pena esbozar en este momento una idea general de la importancia de la dualidad alma-cuerpo. Pues de esta relación, parte en Descartes el verdadero conocimiento de las pasiones. Todo lo que siente el alma, lo siente en el cuerpo. Estar triste, alegre, rabioso, hambriento, sediento, etc., son manifestados propiamente en el cuerpo sea que vengan de las pasiones del alma o sea que venga de las pasiones del mismo cuerpo. Por tanto, todas las pasiones tienen como destino final el alma pero pasando por el cuerpo.

Para Descartes, las pasiones que acontecen en el hombre son naturales y obedecen muchas veces a los estímulos externos. Es por ello que, en esta parte debemos reconocer que Santo Tomás y Descartes no tienen punto de inflexión en su pensamiento, pues como se lee en *las pasiones del Alma*: “las pasiones son buenas por naturaleza” (Descartes, *Las Pasiones del Alma*, 2009, pág. 47), lo que indica que para comprender las pasiones es necesario comprenderlas desde los mecanismos naturales que conllevan a que acontezcan en el sujeto.

Para el filósofo más allá que el alma maneje el cuerpo, este cree que existe una cierta independencia, claro está el cuerpo y el alma son constitutivos del hombre pero existen movimientos propios del cuerpo. Las pasiones que son venidas de estímulos externos al paciente hacen que este reaccione de una manera y no de otra. A continuación trataré de explicar brevemente esta relación pasión y fisiología.

El hombre tiene un gran número de órganos internos que controlan ciertas funciones corporales. Existen funciones que son percibidas y otras que no. Es decir, el corazón late y bombea sangre, sin embargo el hombre como tal no se percata de la sangre que fluye en su interior a no ser por algún problema metabólico o de salud que lo aqueje. Cada órgano para Descartes no solo desempeña una función orgánica en el cuerpo humano, también interactúa con el alma en el sentido de la totalidad, si un miembro del cuerpo sufre, no se entiende este por separado del cuerpo sino unido a él y esta unidad va ligada como lo habíamos aseverado anteriormente al diálogo del alma con el cuerpo.

Existen pues, en este estudio fisiológico y anatómico del hombre órganos de suma importancia que se relacionan más estrechamente con el alma y con las pasiones, a saber, el corazón, el cerebro, el estómago y el intestino, los pulmones. Trataremos estos por separado y posteriormente buscaremos su relación.

No se hace preciso reescribir esta parte del tratado que describe el funcionamiento del corazón, centrémonos en lo verdaderamente importante para nosotros.

El corazón bombea la sangre al cuerpo, ya citaba Descartes a Harvey en su Libro I de “*Las Pasiones del Alma*” y su descubrimiento que del corazón salían los nutrientes necesarios para el cuerpo en su totalidad. Convirtiéndose el corazón en un eje central para el cuerpo, sin embargo este órgano por sí solo no podría llegar a todo el cuerpo. Los movimientos mecánicos del corazón que nos presenta el filósofo francés, necesita de unas “cavidades” como él las denomina por donde corra toda esta energía que es llevada por la sangre. Es aquí donde sale al protagonismo la sangre, este líquido vital no solo es quien reparte la energía necesaria dentro de todo el cuerpo, sino que es la misma que llevará a los “espíritus animales”¹⁵ formados precisamente por la fuerza con la que esta entra al cerebro y repartiéndolos posteriormente en todo el cuerpo.

Los “espíritus animales” son pues pequeños cuerpos que viajan por las venas y arterias del cuerpo haciendo que los músculos se contraigan o se expandan de acuerdo al estímulo recibido sea externo o interno. Estos estímulos son independientes de la razón. Descartes muestra a través del ejemplo de la mano que se acerca a la cara que a pesar de saberse que

¹⁵ Término que designa en Descartes pequeños cuerpos que recorren las venas y arterias provocando las reacciones del cuerpo frente a diferentes situaciones y excitando por ese mismo movimiento las pasiones. Cfr. (Descartes, *Las Pasiones del Alma*, 2009, pág. 31)

el amigo o conocido no sería capaz de obrar mal en nosotros, el cuerpo reacciona de acuerdo a ese estímulo cerrando los ojos. Y es que en ese momento los espíritus animales son llevados a toda prisa por la sangre para que ocurra esta acción, la de cerrar los ojos (cfr. Descartes, 2009, pág. 35).

Pero, esta relación no sólo es de la sangre con los espíritus animales, juega un papel fundamental el cerebro. Pues es en este que como dijimos anteriormente se crean por la presión de la sangre en el mismo los espíritus que recorren todo el cuerpo. Sin embargo, no solo existen conductos que llevan la sangre y con ella a los espíritus (nos referiremos así también a los espíritus animales) por todo el cuerpo, sino que a su vez existen ramificaciones que parten del cerebro a todas y cada una de las partes del cuerpo haciendo de este como la casa madre de todas las percepciones y acciones del mismo hombre.

Estas ramificaciones nerviosas, siguiendo con la explicación cartesiana, son las que mandan los impulsos al cerebro y este a su vez dirige de manera rápida y oportuna los espíritus a donde deben estar. Por ello más allá de un movimiento voluntario es un movimiento que se da en microsegundos como en el caso de la mano que se acerca bruscamente a la cara y por ende se cierran los ojos esperando el impacto.

La sangre, los nervios y los espíritus animales, son los elementos constitutivos de las reacciones inmediatas del ser humano. Sin embargo, no se puede como dijimos anteriormente, excluir el resto de partes del cuerpo, pues para Descartes el ser humano funciona similar a una máquina a la que no se puede prescindir de las funciones vitales. Los

jugos gástricos, la bilis, el hígado, el páncreas, serán determinantes para la formación de la sangre, según la interpretación cartesiana.

Lo que ingiera el cuerpo incidirá tanto en los nervios como en la producción de los espíritus animales y en la sangre. Las bebidas alcohólicas tendrán un efecto de vaporización en la sangre que permitirá un descuadre igualmente en la cantidad de espíritus creados en el cerebro, por la cantidad de sangre que ha sido elevada por los efectos del vino y de igual manera se altera la percepción tanto interna como externa haciendo que el hombre se comporte de manera distinta de cuando su organismo funciona correctamente (cfr. Descartes, 2009, pág. 37).

Los espíritus animales llevados por la sangre y guiados por los impulsos nerviosos reposan en algunas partes específicas del cuerpo, pues el movimiento de un musculo a otro para contraerse o expandirse necesita que exista un número mayor en algunas partes del cuerpo que en otras. Cuando los espíritus se mueven de un lugar a otro entonces existe una reacción del cuerpo y un movimiento del mismo.

Estos casos propuestos por Descartes, son realmente asombrosos en su época, sólo el ver de modo diferente la constitución pasional en el hombre, su incidencia desde la fisiología y cómo desemboca éste en su actuar es un nuevo paradigma de ver al hombre despojado de su religiosidad y de su sentir teológico. Independientemente de si son viables o no, son una respuesta factible para la época.

Hasta este punto hemos expuesto el tratamiento que Descartes da a la forma como internamente se comporta el cuerpo en la generación de las pasiones, sin embargo no hemos visto cómo el exterior influye en la producción de las mismas, para explicar la influencia de los estímulos provenientes del mundo en el surgimiento de pasiones es necesario explicar el papel de las percepciones y su relación con las pasiones. Así, las percepciones en Descartes son un tema que debemos tratar con mucho cuidado, no solo porque, de acuerdo con Descartes, algunas veces pueden pasar por percepciones y algunas veces por acciones, sino sobre todo porque al comprender la manera como las percepciones influyen en la generación de las pasiones. Este aspecto es fundamental dentro de lo que se pretende mostrar en el presente capítulo, ya que hace evidente que al tener un aspecto puramente fisiológico, las pasiones no se relacionan de manera directa con la moralidad.

Avanzando sobre esta idea, Descartes se servirá del mundo externo ya demostrado en las *Meditaciones Metafísicas*, el cual no es problema para este pensador a la hora de hablar de las pasiones, pues se tiene como dado, y es este mismo exterior quien suscita dentro del hombre el movimiento de los espíritus animales que a su vez crean una sensación o pasión que es leída por el alma a través de los impulsos nerviosos que llegan al cerebro con la información del agente externo. Es decir, el cuerpo siente y el alma califica la sensación convirtiéndola en pasión. Gracias a esto, es posible afirmar que el hombre sabe qué siente, pero posterior a la sensación no anterior a ella.

En esta dirección Descartes afirma que las percepciones pueden ser internas o externas. La luz, el calor, un sonido, como lo demuestra Descartes, son elementos externos que producen en el individuo sensaciones diferentes y por lo tanto pasiones diferentes. Así,

como el hambre, la sed, el amor, la nostalgia, son percepciones que provienen del interior y no del exterior (cfr. Descartes, 2009, pág. 35)

Sin embargo, de acuerdo con los postulados del mismo filósofo, no podemos afirmar que toda percepción es pasión, pues también percibimos por la imaginación, sin decir que esta sea una pasión sino una acción, la acción de imaginar. Lo mismo ocurre con el pensar, que es considerado como acción y no como pasión. Podríamos entonces afirmar que toda pasión es una percepción, más no toda percepción es una pasión.

Ahora lo que percibimos lo hacemos por medio de los sentidos, y los sentidos van unidos a las terminaciones nerviosas que antes el filósofo de la Haya nos había nombrado. A su vez, estas terminaciones nerviosas van a parar al cerebro donde se comunicará con el alma haciendo que esta perciba la pasión.

En el caso contrario, si el alma desea una pasión es porque ha vivido el sentir de esa pasión en el cuerpo y eso es lo que la hace deseable.

Así, las pasiones del alma nacen del alma, se experimentan en el cuerpo y regresan al alma. Las del cuerpo nacen en el cuerpo y llegan al alma pero ambas siempre van mediadas por el cuerpo y tienen como fin la propia alma. Pues la pasión del hambre cuando se sacia, llena al alma de felicidad, la cual le es una pasión propia (cfr. Descartes, 2009, pág. 29).

De manera breve expondré los aspectos más destacados del origen psicológico de las pasiones para Descartes, la brevedad obedece a que me interesa sobre todo destacar el

aspecto no vinculante con la moralidad que proviene al situarlas en primer lugar como fisiológicas y en consecuencia naturales a la constitución humana.

El descubrimiento de una verdad indudable, como lo es el yo, implica un proceso de conocimiento del alma. Este alma como lo veíamos en apartados anteriores sostiene acciones o pasiones que buscan diferentes fines. El agrado, la felicidad, la alegría, la autocomplacencia, la realización son movidas por pasiones que se fundan en un deseo de la mente cartesiana. Este tipo de deseos, que son acciones del alma cartesiana, nos muestran un origen diferente al que hemos visto que emana del cuerpo y de la misma alma. Las pasiones del cuerpo, buscan excitar experiencias placenteras que benefician y se hacen latentes en el mismo cuerpo. Las pasiones del yo de Descartes, buscan una configuración del alma consigo misma, es decir, se inclina al autoconocimiento y a la auto-realización tomando como base todo lo que pueda aprender de sí, con miras no al sumo bien sino a su reconocimiento.

Ahora, debemos preguntarnos cómo fisiológicamente son posibles las recepciones de las pasiones en el cuerpo que son estimuladas externamente. Antes de ello debemos atender a una posible cuestión o idea que se podría plantear desde este punto. A saber, si existen receptores del alma que hagan la función de “leer” las pasiones que son estimuladas desde afuera, en una especie de existencia de dobles pasiones: unas internas y otras externas que se comunican o se refieren entre ellas mismas. A esto podemos afirmar enfáticamente que nada tiene que ver las pasiones internas y las externas a no ser por lo que producen dentro del cuerpo del hombre y que al final llegan al alma. Así, aun cuando las expresiones corporales de las pasiones del cuerpo y las pasiones del alma sean muy parecidas, incluso

iguales, (a veces lloramos por alegría y por tristeza) no significa esto que estemos hablando siempre de lo mismo.

De acuerdo con lo expuesto hasta aquí, es posible concluir que, de acuerdo con Descartes, lo deseado, percibido, vivido o actuado, compone lo que es la naturaleza de las pasiones que se ven reflejadas en el cuerpo, con lo cual el filósofo logra demostrar la amoralidad de las pasiones. Para nuestro filósofo las pasiones, sean del cuerpo o del alma no son ni buenas ni malas en sí mismas. Pero sobre todo es de mucho valor la pretensión de abordar las pasiones desde un ámbito netamente fisiológico.

En lo que sigue trataremos de encontrar los puentes necesarios para la relación: pasión-moralidad.

2. DE LA FORMA COMO EL INTERACCIONISMO CARTESIANO PERMITE RELACIONAR LAS PASIONES CON LA RACIONALIDAD.

En el capítulo anterior se mostró la forma como Descartes aborda las pasiones de una manera novedosa a fin de poder establecer su naturaleza fisiológica y en consecuencia su desvinculación con la moralidad solo por su proveniencia corporal. En el presente capítulo daremos cuenta del desarrollo de las ideas cartesianas que permiten vincular las pasiones con el componente moral sin que ello vaya en detrimento de las mismas. Así, en primer lugar se explicará brevemente el legado que ha recibido Descartes de dualismo, para posteriormente mostrar el interaccionismo cartesiano a fin de ubicar la relación que guarda las pasiones con la racionalidad.

El dualismo cartesiano en el que las pasiones provienen del alma y a su vez también pueden ser ocasionadas por el cuerpo es producto de una larga tradición que se remonta hasta la concepción dualista platónica y que luego hereda el Cristianismo, por ello, no es de extrañar que este dualismo que llega a tiempos de Descartes vea en el hombre un ser creado de polvo y del Espíritu de Dios, pues en su momento esta concepción medieval del hombre dio respuesta a los interrogantes planteados desde la óptica religiosa.

Podría afirmarse que era casi imposible que el hombre medieval se concibiera al margen de su relación con Dios. Sin embargo, Descartes se percató que al abordar la naturaleza de las pasiones a la luz de la razón, la reducción realizada por la religión parecía ser insuficiente, es así como el filósofo francés propone una visión del hombre en la que prima el aspecto racional y en la que lo fisiológico no puede ser despreciado pues proviene de la naturaleza, lo cual conlleva a una concepción de las pasiones, y aún más a una concepción

antropológica del hombre que no se define exclusivamente por su lugar en la creación o por su relación con Dios. Este planteamiento le permitirá plantear la dualidad constitutiva humana desde otra perspectiva, ya no divina sino racional.

Esto es lo que nos muestra Descartes en *El Discurso del Método*:

Profesaba una gran reverencia por nuestra teología y, como cualquier otro, pretendía yo ganar el cielo. Pero habiendo aprendido, como cosa muy cierta, que el camino de la salvación está tan abierto para los ignorantes como para los doctos y que las verdades reveladas, que allá conducen, están muy por encima de nuestra inteligencia, nunca me hubiera atrevido a someterlas a la flaqueza de mis razonamientos, pensando que, para acometer la empresa de examinarlas y salir con bien de ella, era preciso alguna extraordinaria ayuda del cielo, y ser, por tanto, algo más que hombre (Descartes, *Discurso del Método*, 2010).

El ejercicio filosófico cartesiano de dejar de lado el dualismo enseñado por la teología, sirve al propósito de poder explicar la dicotomía entre lo que es meramente corporal en el hombre y lo que es meramente racional, para así poder hacer desprender las pasiones de un acto intelectual y no de una relación de acercamiento o de alejamiento de Dios, por ello retomaremos la explicación filosófica propuesta por Descartes a partir del camino de la duda hasta consolidar a la razón como ente rector de todo el sentir, pensar y accionar humano, con lo cual las pasiones adquirirían otro matiz.

En *El Discurso del Método*, Descartes logra demostrar por vía argumentativa la indubitabilidad de la proposición “dudo, luego existo”, la cual servirá de soporte para

fundamentar, lo que la tradición filosófica ha venido a denominar <dualismo interaccionista>, esto es la facultad del alma o de la mente para interactuar con el cuerpo y viceversa. Este interaccionismo permitirá también dar cuenta de cómo las pasiones puras que se generan en el alma pueden mover al cuerpo, así como también el cuerpo puede suscitar pasiones en el alma.

De manera muy concisa reconstruiré en los siguientes párrafos el recorrido llevado a cabo por Descartes en *El Discurso del Método*, a fin de destacar los argumentos esenciales que se requieren para desarrollar la argumentación concerniente a esta parte, a saber los fundamentos racionales del ser humanos y su relación con las pasiones.

2.1. El método y la relación derivada de la razón con las pasiones.

La conclusión que se deriva tras la lectura del *Discurso del Método* y que servirá como axioma claro y distinto de la concepción antropológica cartesiana es la existencia del ser pensante. Se puede dudar de cualquier cosa menos que en el acto de dudar se está siendo. Lo que lleva al autor a denominarse como “una cosa que piensa” (Descartes, *Meditaciones Metafísicas*, pág. 18). Esta cosa que piensa o *res cogitans*, es lo que denomina Descartes como la sustancia pensante, desprovista de cuerpo, pues previamente al llegar a la verdad indubitable de la existencia del yo, había dejado claro que esta sustancia era diferente a lo extenso, pues lo extenso no parece mostrarse en un primer momento como algo indubitable y certero, quiere decir esto que la existencia del yo no está supeditada a lo extenso sino que es subsistente en sí misma, como podemos ver en el escrito de las *Meditaciones cartesianas*.

El argumento parte en descartes a través de la duda. Pues es posible que aquello que creo sea real no lo sea. Sino que es una mera ilusión de los sentidos, tan volátiles y cambiantes. Por lo tanto si se asevera que el hombre es lo que es su cuerpo podríamos caer en el juego de los sentidos con la posibilidad de errar si nos dejamos llevar por los sentidos¹⁶. La única certeza que se tiene es el hecho de pensar, ya que cualquier otro acto requiere la intervención de lo sensible, esto es se fundamenta en lo sensitivo, como por ejemplo: correr, sentir, comer, andar, pero el acto de dudar no requiere de la *res extensa*, aún más, de acuerdo con Descartes, el único acto del que no puedo dudar es el de la duda pues en cuanto se duda se está siendo, pues para dudar se necesita existir. Por ello Descartes a la pregunta ¿qué soy? responde “soy una cosa que piensa”¹⁷.

Ahora bien ya hemos llegado a la verdad de razón fundamental en Descartes “dudo, luego existo” la cuestión siguiente es ratificar el conocimiento que se tiene. El hombre no es capaz de crear lo que está a su alrededor y tampoco es capaz de crearse a sí mismo, esto nos lleva a la necesidad de un creador depositario del conocimiento absoluto. Como se dijo anteriormente el hombre es un ser finito y en su finitud va conociendo de forma gradual. Así que el conocimiento absoluto no es uno de sus atributos por tanto él no puede ser creador de los fenómenos externos. Sumado a ello existe en el ser pensante la idea de perfección, idea que tampoco es constitutiva de su ser sino que es una idea implantada y esta idea no puede provenir sino de la perfección misma que hace participe al hombre de la perfección, en la cual el ser que piensa halla de igual manera su provenir. Al ser Dios la

¹⁶ Cfr: “Así, puesto que los sentidos nos engañan, a las veces, quise suponer que no hay cosa alguna que sea tal y como ellos nos la presentan en la imaginación” Discurso del Método. P 22

¹⁷ Cfr: “¿Qué soy? Una cosa que piensa. ¿Qué significa esto? Una cosa que duda, que conoce, que afirma, que niega, que quiere, que rechaza, y que imagina y siente” (Descartes, Meditaciones Metafísicas, pág. 18).

perfección, enteramente bueno no nos puede engañar, por tanto las cosas que nos rodean encuentran su razón de ser y de estar en el presupuesto de la existencia de Dios, por tanto Dios Existe. Y si Dios existe, es él la condición de posibilidad para que lo otro, es decir lo extenso exista.

Con esta argumentación Descartes llega a la existencia del hombre como ser provisto de mente y cuerpo. Pero cuál es ahora la relación de la mente cartesiana con el cuerpo. Hasta ahora Descartes nos ha mostrado la existencia de estas dos sustancias la pensante y la corpórea. Sin embargo, aún no sabemos qué tipo de relación se da entre ellas.

2.2 El interaccionismo, la razón y las pasiones

Hemos rastreado la configuración humana cartesiana y la hemos enmarcado en el dualismo de mente y cuerpo. El cuerpo como veíamos anteriormente no es problemático, pues se compone de órganos y es guiado por los apetitos y pasiones que padece. Pero, al llegar al alma encontramos una dificultad diametral, la concepción de alma a la que se refiere Descartes no se limita a la contemplación de esta como la prolongación de Dios en el hombre al estilo medieval, sino como el constitutivo humano que permite a cada hombre “ser” en su particularidad y en su relación con los demás y lo demás.

Esta acepción de la mente cartesiana va ligada al propósito de abrir un nuevo paradigma donde el centro no sea subordinar al hombre a la acción divina, sino estudiarlo en sí mismo, en su libertad, en su voluntad, en sus decisiones, en lo que es y puede llegar a ser.

Pero ¿cómo relacionamos el dualismo con la moralidad? Para ello en primer lugar debemos dar respuesta a la pregunta ¿cómo las dos sustancias constitutivas del hombre: mente y

cuerpo, se relacionan? Descartes nos dará respuesta a este planteamiento desde una teoría psicologista mecanicista. Retomemos pues brevemente lo abordado en el capítulo anterior acerca de los procesos físicos y fisiológicos del hombre.

El cuerpo humano es un perfecto engranaje, es una máquina en la que existe el movimiento. Este movimiento si bien es impulsado por la mente, requiere de una perfecta coordinación de todas las partes.

De acuerdo con lo expuesto por Descartes, lo que permite el movimiento del cuerpo es el calor del corazón, este al calentar la sangre mueve a las partes más sutiles denominadas “espíritus animales” que son una especie de cuerpos pequeños que se mueven rápidamente, los cuales pueden entrar por los poros hasta ingresar a la parte interna del cerebro y salir de allí por medio de los nervios, llegando a los músculos proporcionando el movimiento (Descartes, *Las Pasiones del Alma*, 2009, pág. 30).

La constitución de estos pequeños cuerpos no es idéntica en todas las partes de la maquina humana, pues no todos se forman de los mismos órganos, ni de la misma intensidad de la sangre que sale del corazón.

Esta explicación somera de la causa de ciertos movimientos permite abordar la explicación de carácter fisiológica del movimiento. Sin embargo, de acuerdo con lo planteado por Descartes, las pasiones sean del cuerpo o del alma provocan cambios en el cuerpo humano, lo que excita la sangre y hace que los espíritus animales se muevan de manera inmediata dando paso a comportamientos y respuestas físicas. Esto nos da indicios de cómo se da la interacción entre el movimiento del alma perturbada por una pasión y la respuesta del cuerpo conforme a la pasión excitada en el alma, pues para Descartes toda pasión, sea del

cuerpo o del alma debe pasar por el cuerpo y terminar en la misma alma (Descartes, *Las Pasiones del Alma*, 2009, pág. 51).

Tomemos el ejemplo que el filósofo nos proporciona en su correspondencia con la Reina Elizabeth con respecto a la pasión del temor y lo que causa en el cuerpo. Dice refiriéndose a esta pasión:

Determina a los espíritus, que van desde el cerebro por los nervios hasta los músculos, a entrar en aquellos nervios que sirven para estrechar las aberturas del corazón, lo que retrasa la circulación de la sangre; luego de lo cual, todo el cuerpo se vuelve pálido, frío y tembloroso, y los nuevos espíritus, que vienen desde el corazón hacia el cerebro, están agitados de tal manera que no pueden ayudar a formar allí otras imágenes que las que excitan en el alma la pasión del temor: todas estas cosas se suceden tan cerca la una de la otra que parece que no es una sola operación. Del mismo modo, en todas las demás pasiones ocurre alguna agitación particular en los espíritus que vienen del corazón (Descartes, *Cartas Filosóficas*, 2008).

Lo que ocurre con la pasión del temor y cómo recorre por la sangre los espíritus animales hasta llegar al cerebro nos da un indicio del lugar donde según Descartes reside el alma en el cuerpo.

Es así que el alma no sólo siente las pasiones que pasan por el cuerpo sino que, en cierta medida, son queridas por ella. Así lo revela Descartes en la carta a Chanut de Noviembre 1º de 1646:

...pero os diré que, todo lo contrario, al examinarlas (las pasiones) he encontrado que casi todas son buenas y de tal modo útiles para la vida, que nuestra alma no tendría motivo para que quisiera permanecer unida a su cuerpo un solo momento, si ella no las pudiera experimentar (Descartes, Cartas Filosóficas, 2008).

Para Descartes es evidente que existe una relación directa entre el alma y el cuerpo. Toca ahora descubrir de qué tipo de interacción habla Descartes, lo cual nos remite al lugar en el cual Descartes sitúa el alma: la glándula pineal.

Debido a que, para el filósofo de la Haya, la mente es inmaterial, eterna, irreducible y se diferencia del cuerpo que posee todas las características opuestas, cabe preguntarse en la expresión <el alma “mueve” al cuerpo>, ¿en qué sentido se está hablando? Para poder responder esta parte de la cuestión interaccionista hemos de advertir que el movimiento al que se refiere Descartes no es el de materia a materia. Para Descartes, así como el mundo es movido por la voluntad de Dios (ser inmaterial) el alma de la misma manera mueve al cuerpo (Descartes, Las Pasiones del Alma, 2009, págs. 48-49).

No se trata entonces de una interacción de sustancias iguales, pues lo que Descartes se propone es ver al hombre como una unidad. Es decir, para este filósofo el ser constitutivo del hombre estriba en poseer alma y cuerpo y por fuera de este dualismo sería imposible concebir al ser humano.

Hemos visto que la discusión ha tomado un giro que va más allá de la explicación fisiológica. Al entrar en la explicación de la unidad del cuerpo y del alma como inseparables del hombre, Descartes da un viraje, pues, si bien parece ser que evade la

respuesta a los fundamentos y comportamientos físicos que había postulado anteriormente con respecto del interaccionismo, en realidad abre la posibilidad de ahondar aún más en la relación entre las substancias, pensante y corpórea, llevando así a una explicación moral de índole fisiológico-mental de las pasiones, que son el tema que nos ocupa.

2.3 La visión del hombre como compuesto de cuerpo y alma y su relación con las pasiones.

Hemos visto la posición cartesiana de la unidad del hombre como sujeto provisto de cuerpo y alma, hemos afirmado también que las pasiones son excitadas tanto en el cuerpo como en el alma y que son sentidas por ambos. Ahora la pregunta que nos queda responder en este apartado es ¿cómo interactúan las pasiones con cada parte del hombre? Y en consecuencia ¿qué responsabilidad se desprende en la ejecución de las acciones que son movidas a partir de una pasión?

En esta dirección es preciso mencionar que si el percibir y sentir una pasión es algo natural, como lo expone Descartes, la participación del alma y el cuerpo no será la misma. El cuerpo ha de guiarse por los resultados placenteros y el alma ha de guiarse por una firme resolución. A pesar que cuerpo y alma sean constitutivos del hombre los fines que persiguen son diferentes y esto el autor lo ha dejado en claro desde el principio de su obra. Una cosa es no satanizar las pasiones o hacerlas exclusivas del cuerpo y otra sería negar que lo que persigue el cuerpo está alejado del placer. Es pues el alma quien debe dirigir como ya lo hemos visto. Sin embargo, esta tarea no se hace fácil al tener pulsiones tan fuertes que en ocasiones nublan al alma, casi que anulando la acción racional sobre el

apetito y cediendo a los requerimientos propios de una satisfacción de la cual goza el alma y el cuerpo. Descartes nos expresa en el artículo 46 del tratado de las Pasiones:

Hay una razón particular que impide al alma poder, con prontitud, cambiar o contener sus pasiones]...[Y así como el alma, fijando mucho la atención en otra cosa, puede no oír ningún pequeño ruido o no sentir algún dolorcillo, pero no dejar de oír el trueno o de sentir el fuego que quema las manos; de igual manera puede domeñar las pasiones pequeñas , pero no las más violentas y fuertes, mientras no se amortigüe la emoción de la sangre y de los espíritus. (Descartes, Las Pasiones del Alma, 2009, pág. 56)

Queda pues claro la dificultad que atañe a la fuerza y violencia con la que el cuerpo se comporta al tener una pasión y la imposibilidad del alma en actuar directamente sobre esta. Tiene pues el alma que recurrir a tratar de calmar y relajar al cuerpo hasta que la intensidad de la pasión disminuya, buscando así que los actos provocados por la fuerte excitación no constituyan decisiones desafortunadas. La utilidad de las pasiones, va encaminada precisamente, para que repercuta en el fortalecimiento del alma. Pues, es esta la que debe imponerse frente al apetito, es una lucha constante entre la razón y la pasión, entre el status racional versus el instinto animal del hombre.

Si bien la razón ha de acompañar las decisiones tomadas durante la vida del sujeto, existe una dificultad latente: no siempre se cuenta con los tiempos suficientes para dilucidar algún tema, someterlo a discusión y buscar cuál es la mejor solución posible, es por ello que la razón debe tener en su uso práctico ciertas limitantes y apoyarse del alma que le presenta las

ideas claras y distintas, para posteriormente dejar actuar según lo que le ha enseñado a la voluntad, a esta última, en caso de irresolución de la propia razón.

El verdadero problema es evidenciar lo claro y distinto en la vida cotidiana. En la construcción del pensamiento y del conocimiento las reglas parecen ser muy útiles en la consecución del saber, es así que el Método se convierte en una pauta a seguir para alcanzar la verdad “clara y distinta” y es en este mismo sentido que Descartes propone en el tercer aparte del *Discurso* la necesidad que este sea utilizado en todas las esferas y dimensiones humanas, incluyendo la moral (Descartes, *Discurso del Método*, 2010, pág. 17).

Pero, qué ocurre cuando la vida cotidiana plantea eventualidades incapaces de otorgar tiempo para examinar la “numeración” propuesta por el método, hasta llegar a la verdad evidente. La razón siempre ha de tomarse su tiempo para emitir un juicio basado en los elementos primarios a los que puede llegar por la reducción. Sin embargo, este periodo de complejidad que exacerba los ánimos y excita en el agente el miedo, puede interferir con la búsqueda de una respuesta concreta. Es en este momento donde se da la irresolución vista desde Descartes como:

[...] una especie de temor, que manteniendo el alma en suspenso entre muchos actos que puede realizar, es causa de que no ejecute ninguno, y de este modo tenga tiempo para escoger antes de decidirse, en lo cual tiene algo verdaderamente de bueno; pero cuando dura más de lo necesario y hace que se invierta en deliberar el tiempo que para obrar se necesita, es muy mala (Descartes, *Las Pasiones del Alma*, 2009, págs. 136-137).

Es así como llega Descartes a reevaluar el tema de la irresolución, si en algún momento invita a la elucidación, puede que sea positiva en la medida que detiene el actuar buscando bases sólidas que legitimen la acción. Pero, cuando esta reacción es repetitiva, y hace que el hombre en cada acción de su vida deba detenerse, configura un peligro para la propia persona, pues no es una advertencia de una posible solución errada sino es el miedo latente de tomar una decisión.

Renglón seguido Descartes afirma que la irresolución es producto de una flaqueza de entendimiento, que no se ha constituido como receptor de las nociones claras y distintas, haciendo que su actuar se vea asaltado por la duda pues desea actuar de buena forma, pero desconoce el juicio cierto que proviene de sí mismo.

...un exceso de irresolución que procede de un exagerado deseo de obrar bien, y de una flaqueza del entendimiento, que no teniendo nociones claras y distintas, tiene muchas confusas; por eso el remedio contra este exceso consiste en acostumbrarse a formar juicios ciertos y determinados sobre todas las cosas que se presenten (Descartes, *Las Pasiones del Alma*, 2009, pág. 137).

La solución planteada por el autor refuerza la idea de la resolución, un hombre ha de ser decidido y mantenerse firme en las decisiones que toma, pues debe estar seguro que su razón ha instruido a la voluntad presentándole las nociones claras y distintas, para que actúe conforme a ellas.

Uno de los puntos que permiten vincular la razón con las pasiones se da pues a partir del problema de la irresolución. Esta dificultad parece poner en peligro la posición cartesiana a

cerca de la función de la razón frente a todos los campos de la vida, incluyendo el campo moral. Pues, Si la razón llega al momento de irresolución, ¿quién ha de dirigir el actuar?

A esto habrá que responder que si bien la postura cartesiana es racionalista, no reduce el alma a la mera razón. Existen otras facultades o acciones del alma que empiezan a tomar partido en esta situación, a saber, la imaginación y la voluntad (Descartes, *Las Pasiones del Alma*, 2009, pág. 38).

La imaginación al igual que las pasiones puede ser excitada por un estímulo externo o un deseo interior. Si bien difieren las pasiones de la imaginación tienen algo en común, ambas usan los nervios para generar una respuesta sea creando una imagen de lo que se desea, en el caso de la imaginación y obteniendo reacciones tanto del cuerpo como del alma, en el caso de las pasiones (cfr. Descartes, *Las Pasiones del Alma*, 2009, pág. 47).

Por su parte la voluntad ha de definirse como la capacidad que le permite al hombre actuar en un momento determinado conforme a lo que esta le ordene. La acción de la voluntad tiene al igual que las pasiones y la imaginación, relación con la parte sensitiva y la parte racional del hombre. Mientras que existen acciones que terminan en el cuerpo, como la locomoción que no requiere una razón fuerte y necesaria, existen otras acciones que terminan en el alma y son infundidas por un deseo profundo como el de amar a Dios (Descartes, *Las Pasiones del Alma*, 2009, pág. 39).

La resolución firme ha de ser labor de la voluntad que ha sido guiada y enseñada a buscar siempre lo más diáfano posible de cada caso, por la razón. En la carta de agosto 4 de 1645, que envía Descartes a Elizabeth de Bohemia expresa la importancia del actuar frente a las

eventualidades de la vida. Recuerda aquí la resolución como la fiel compañera de la voluntad y necesaria para todo hombre y mujer.

La conclusión que desprende Descartes de lo expuesto anteriormente es que en aquellos casos en que la razón se nubla por causa de una pasión ha de detenerse y le corresponde entonces a la voluntad tomar la decisión de actuar conforme ha sido educada por los principios sociales, pues éstos son directrices de comportamiento lo más claros a los que la voluntad puede acceder en ausencia de un juicio claro y distinto.

Así la resolución guiada por la voluntad permitirá actuar en respuesta a las pasiones de la manera más rápida y fehaciente que constituye el reflejo de lo que se ha aprehendido a través del tiempo gracias a la razón y a la reflexión previa de las diferentes circunstancias de la vida. Este análisis no se ejecuta en el momento inminente del acto sino que se va formando en el transcurrir del conocimiento de sí, de lo demás y de los demás que acaece en el sujeto, que es direccionado por la razón y ejecutado por la voluntad bajo la directriz primera de la reflexión.

Nos podríamos pues preguntar cuál es el objetivo del actuar con resolución frente a los problemas prácticos de la vida. En qué forma el actuar conforme a la voluntad instruida por la razón, hace que el hombre cartesiano crezca racionalmente. La respuesta a este interrogante habrá que ser buscado desde el ideal cartesiano que le compete a la moral y este no es otro que el hombre contribuya a ser dueño de sí.

En *El Discurso del Método* leemos en el aparte tercero:

Tan extremado contento había sentido ya desde que empecé a servirme de ese método, que no creía que pudiera recibirse otro más suave e inocente en esta vida; y descubriendo cada día, con su ayuda, algunas verdades que me parecían bastante importantes y generalmente ignoradas de los otros hombres, la satisfacción que experimentaba llenaba tan cumplidamente mi espíritu, que todo lo restante me era indiferente (Descartes, *Discurso del Método*, 2010, pág. 17).

Posteriormente expresa Descartes cómo todo el *Método*, incluso en lo seguido por la moral, propende a la edificación del alma y por consiguiente del hombre. Así poseer una resolución frente a los acontecimientos del diario vivir implica la oportunidad de actuar bajo los parámetros racionales y esto configura al hombre como ser racional movido por la verdad clara y distinta. Por ello para Descartes, ser dueño de sí implica, manejar las emociones:

Ahora que ya conocemos todas las pasiones, tenemos muchos menos motivos que antes para temerlas; pues vemos que todas son buenas por naturaleza y que sólo tenemos que evitar su mal uso o sus excesos (Descartes, *Las Pasiones del Alma*, 2009, pág. 157).

El pensamiento cartesiano invita a la conformación del hombre racional con el espíritu equilibrado que es producto de las decisiones adoptadas siguiendo los parámetros recomendados por el “Discurso del Método” en el ámbito moral. Esta apreciación, es confirmada por la Carta prefacio que realiza el mismo Descartes a su obra *Los Principios de la Filosofía*. Pues en ella cita:

Vivir sin filosofar equivale a tener los ojos cerrados sin alentar el deseo de abrirlos; no obstante, el placer de observar todas las cosas que nuestra vista descubre, no es comparable en modo alguno a la satisfacción que genera el conocimiento de lo que la Filosofía descubre; más aún, este estudio es más necesario para reglar nuestras costumbres y nuestra conducta en la vida de lo que lo es el uso de los sentidos para guiar nuestros pasos (Descartes, *Los Principios de la Filosofía*, 1995).

De lo visto hasta aquí es posible concluir parcialmente que las costumbres y la conducta de vida están referidas directamente con la moral, es así cómo el dominio de las pasiones permite al hombre ser, lo que verdaderamente es, un ser racional, que comprende que las pasiones son constitutivas de su ser, pero que ellas no han de dirigir la vida humana al igual que la vida animal. Sino que es la razón que ha de dirigir la vida de este ser racional.

2.4 La nueva manera de relacionar las pasiones con la moralidad en Descartes.

Como lo hemos aseverado anteriormente, la novedad cartesiana implica dejar a un lado el sentir religioso y ponerlo a la luz de la racionalidad humana, la moralidad no escapa a esta pretensión, todo lo contrario si el método ha de ser efectivo en todos los ámbitos de la vida del hombre, la moral debe hallar sentido en este mismo método.

Los presupuestos morales en Descartes podemos hallarlos en el capítulo tercero del *Discurso del Método* donde nos afirma la existencia de una moral provisional:

Por último, como para empezar a reconstruir el alojamiento en donde uno habita, no basta haberlo derribado y haber hecho acopio de materiales y de arquitectos, o haberse ejercitado uno mismo en la arquitectura y haber trazado además cuidadosamente el diseño del nuevo edificio, sino que también hay que proveerse de alguna otra habitación, en donde pasar cómodamente el tiempo que dure el trabajo, así, pues, con el fin de no permanecer irresoluto en mis acciones, mientras la razón me obligaba a serlo en mis juicios, y no dejar de vivir, desde luego, con la mejor ventura que pudiese, hube de arreglarme una moral provisional, que no consistía sino en tres o cuatro máximas, que con mucho gusto voy a comunicaros (Descartes, Discurso del Método, 2010, pág. 17).

Al analizar el texto cartesiano podemos es posible vislumbrar la concepción antropológica del sistema cartesiano y las diferentes dimensiones que este filósofo reconoce en el hombre, entre ellas la moral. En el capítulo anterior vimos como la irresolución no es una opción para Descartes y en el Método nos vuelve a ratificar la necesidad de no postergar las decisiones que guían los actos humanos

Así, pues, con el fin de no permanecer irresoluto en mis acciones, mientras la razón me obligaba a serlo en mis juicios, y no dejar de vivir, desde luego, con la mejor ventura que pudiese. (Descartes, Discurso del Método, 2010, pág. 17)

Pero ¿qué entiende Descartes por vivir con la mejor ventura posible? Es pues esta, la cuestión de la moral Cartesiana. Más que una teoría moral se convierte en la ejecución del método en la vida práctica del hombre, ya que la razón obliga a la voluntad que se haga un juicio sobre lo que aparece dudoso, este juicio ha de ser efectivo, certero e inmediato conforme ha sido alumbrado por la luz de la razón y en consecuencia el acto ha de responder a este juicio elaborado desde la voluntad.

Sin embargo, como lo advierte Descartes, las directrices para actuar pueden ser infinitas, razón por la cual cabe preguntarse: ¿En qué hemos de buscar los lineamientos que propone Descartes con respecto a la moral? ¿En qué se convierte la moral?

La pregunta anterior parece poner en jaque la posición cartesiana en la época en que se encuentra. ¿Qué puede haber más alto que el amor de Dios que mueve al hombre a un encuentro con él mismo y que se revela por medio de la naturaleza y de los demás? Si pensamos la respuesta cartesiana como una negación a la experiencia religiosa tendríamos que afirmar una ruptura con el cristianismo mismo. Sin embargo, el filósofo francés nos deja entrever una solución mediadora e incluyente. Es así como en el *Discurso del Método*, descartes propone cuatro máximas que orientaran la concepción moral, que presentamos a continuación y que posteriormente evaluaremos con el fin de dilucidar su propuesta moral y cómo se relaciona esta con las pasiones:

La primera fue seguir las leyes y las costumbres de mi país, conservando constantemente la religión en que la gracia de Dios hizo que me instruyeran

desde niño, rigiéndome en todo lo demás por las opiniones más moderadas y más apartadas de todo exceso, que fuesen comúnmente admitidas en la práctica por los más sensatos de aquellos con quienes tendría que vivir (Descartes, Discurso del Método, 2010, pág. 17).

La inclusión de la tradición y de las autoridades, nos dan un primer acercamiento al pensamiento moral cartesiano. El hombre naciente, el hombre moderno no puede hacer caso omiso al legado cultural y religioso, si bien las costumbres no explican bajo la luz de la ciencia y de la razón el comportamiento de las naciones, tampoco se puede desprever a estas de una elucubración del status quo de las sociedades, que han permitido el desarrollo tanto académico como económico y político.

Hablar del hombre en Descartes también es hablar de lo que ha logrado, sea por la vía racional, espiritual, o la prolongación hecha en el mundo a través de sus creaciones. Este hombre ha sido formado en un contexto concreto, en una realidad que le ha permitido relacionarse con elementos extraños para él pero conocido para otros, es por ello fundamental la ayuda y el acompañamiento de quienes conocen la materia y con los que ha de convivir.

Así como el maestro instruye al discípulo conforme a lo que ha podido descubrir y aprender siguiendo un método, también el hombre ha de descubrir la importancia, utilidad y fundamentación de las leyes. Sin embargo, mientras hace ese recorrido no existe mejor forma que imitar a los hombres virtuosos que se reflejan en los sabios, distinguidos e ilustres personajes que han seguido el método, consciente o inconscientemente, pero que en

ellos reposa una voluntad firme y resuelta, constatada en su actuar. Si bien la tradición pudo haber sido tergiversada, cambiada u olvidada, es en el actuar de estos hombres estudiados que reposa una fuente de guía que hace más asequible la dilucidación de una moral que al mejor modo aristotélico busque el término medio.

Mi segunda máxima fue la de ser en mis acciones lo más firme y resuelto que pudiera y seguir tan constante en las más dudosas opiniones, una vez determinado a ellas, como si fuesen segurísimas,...[Y así, puesto que muchas veces las acciones de la vida no admiten demora, es verdad muy cierta que si no está en nuestro poder el discernir las mejores opiniones, debemos seguir las más probables; y aunque no encontremos más probabilidad en unas que en otras, debemos, no obstante, decidimos por algunas y considerarlas después, no ya como dudosas, en cuanto que se refieren a la práctica, sino como muy verdaderas y muy ciertas, porque la razón que nos ha determinado lo es. (Descartes, Discurso del Método, 2010, pág. 17).

Así, en Descartes el tema de la resolución vuelve a jugar un papel fundamental en la moral cartesiana. Si recordamos el método cartesiano afirma que lo que se presenta a la mente ha de ser claro y distinto y por medio de la enumeración podemos deducir lo que se desprende de ellas. Del mismo modo en la vida cotidiana se hace menester reaccionar frente a los acontecimientos diarios que no dan espera. Quedarse estáticos no es una opción, el hombre debe actuar y este actuar debe ser conforme a lo que ha construido, en base a su razón, a la enseñanza y especialmente a la resolución.

El ejemplo de Descartes con el bosque pueda ser para nosotros un elemento de sorpresa y asombro, quizás pensemos que quedarse estático sería una buena opción o quizás esperar a que alguien llegue. Pero la dinámica humana no está en la irresolución, el seguir adelante con la certeza de las decisiones implica no sólo una facultad del hombre, sino que también le permite al hombre comportarse conforme a lo que tiene, a saber, la facultad de direccionar su propia vida. El sentimiento de arrepentimiento es, en este sentido, contrario a la actuación humana, las decisiones son parte fundamental del quehacer humano y deben estar acompañadas de una certeza, pues los actos cometidos han sido la mejor decisión que el hombre pudo tomar, aun cuando sus consecuencias sean negativas, puesto que por encima de esas consecuencias está la gran virtud de la resolución.

La tercera máxima propuesta por Descartes afirma:

Procurar siempre vencerme a mí mismo antes que a la fortuna, y alterar mis deseos antes que el orden del mundo, y generalmente acostumbrarme a creer que nada hay que esté enteramente en nuestro poder sino nuestros propios pensamientos, de suerte que después de haber obrado lo mejor que hemos podido, en lo tocante a las cosas exteriores, todo lo que falla en el éxito es para nosotros absolutamente imposible (Descartes, Discurso del Método, 2010, pág. 18).

De acuerdo con Descartes, el deseo por lo que está afuera, es un obstáculo para una vida venturosa, preocuparse por conseguir lo externo es una limitante del ser humano, pues su esfuerzo se vería dirigido a conseguir cosas y no a formarse así mismo. Esta preocupación

del filósofo francés nos muestra una faceta diferente. La moral parece no ser una norma meramente externa que coacciona a la persona, es más una postura interna que se refleja en el actuar diario. De ahí que la conformación del sistema moral no depende de un orden establecido con ideales externos, sino del camino recorrido y de los obstáculos vencidos de la propia persona.

Esta perspectiva novedosa nos pone en un plano diferente, no es la ley divina o la tradición que mueve al mismo hombre a actuar conforme al mandato divino, es la evaluación misma del hombre, son sus propias metas, sus propios límites, es el análisis de su realidad, lo que lleva a no desear más allá de lo que ha de obtener. No se trata de una mediocridad o falta de esperanzas, se trata más bien de hacer lo posible en la vida. Al igual que en el método no todos tienen la facultad de seguirlo, sin embargo es asequible a todos mientras sigan cada paso, esta moralidad no recae en la erudición de algunos sino en las posibilidades y realidades de todos los hombres.

En cuarto lugar Descartes más que una máxima nos propone el camino que ha recorrido:

En fin, como conclusión de esta moral, ocurrióseme considerar, una por una, las diferentes ocupaciones a que los hombres dedican su vida, para procurar elegir la mejor [...] aplicar mi vida entera al cultivo de mi razón y adelantar cuanto pudiera en el conocimiento de la verdad, según el método que me había prescrito (Descartes, Discurso del Método, 2010, pág. 18).

El método es pues un camino seguro no sólo en el arte de pensar, sino también en el arte del actuar. Al no ser este un libro de sentencias no se ocupa de cada caso en particular, ni

tampoco pretende serlo, pues cada caso, cada acto, cada decisión se funda, según Descartes, en situaciones diferentes que han de ser analizadas bajo el don divino del entendimiento. Sin embargo, tiene Descartes la certeza que ha iniciado un camino cierto para la comprensión de la moral en términos racionales.

A manera de conclusión es posible afirmar que para Descartes despojar la moralidad de una especie de rigor religioso, permite al hombre no sólo actuar conforme al criterio emitido por la razón y ejecutado por la voluntad, sino que traslada la carga y la decisión moral al hombre mismo. Si observamos la sumisión a Dios y a la religión que precede y aún está vigente en tiempos de Descartes, el hombre se escudaba en la orden religiosa o en la norma eclesiástica dejando la responsabilidad a quien emitía la orden.

La labor ahora es hacer ver al hombre la importancia que tiene en sus manos, la facultad no sólo de obedecer sino de elegir de la mano de la razón su propio camino.

La propuesta cartesiana más que analizar el término de bueno y malo se centra en la ejecución de los actos, pues estos conceptos se presentan claros y distintos a la mente. Se propugna por una moral de los actos, estos actos deben estar conforme a la actividad racional del hombre a un deseo profundo de humanidad, en resumidas cuentas la moral cartesiana al igual que el conocimiento es para hombres libres y racionales.

Ahora bien, la relación entre pasión y moralidad no ha quedado de manera explícita en el texto, sin embargo tenemos ahora la información necesaria para

conjeturar a la luz de esta investigación el objetivo propuesto el cual radica en identificar el papel de las pasiones del alma en el pensamiento moral en Descartes.

CONCLUSIONES

Es cierto que Descartes no reconstruye de ninguna manera la discusión dada desde la antigüedad clásica, pasando por la época medieval, acerca de la constitución de las pasiones. Para el filósofo francés, es evidente que este asunto de las pasiones ha sido abordado y retoma de sus predecesores la idea que existen pasiones del cuerpo y pasiones del alma. Es decir, las pasiones no son una teoría que necesiten ser verificadas, sino una realidad en el hombre, aún más, estas pasiones se dividen en las que acontecen en el cuerpo y llegan al alma y las que inician en el alma, pasan por el cuerpo y regresan al alma.

Ahora bien, el aceptar las pasiones del alma y del cuerpo no implica adherirse a la propuesta que lleva consigo la doctrina medieval. Tras la revisión que hace Descartes a las pasiones y darse cuenta que estas están relacionadas, gracias al pensamiento religioso, a la concupiscencia en el hombre y a la santificación del mismo, que son buenas o malas dependiendo del deseo que las mueve, propone el filósofo de la Haya, una nueva forma de abordar las pasiones, en primer lugar desde la perspectiva natural, pues afirma que existe una degradación de las mismas y una falsa identificación con lo malo o demoniaco. Este desagravio que pone en marcha Descartes para reivindicar el papel de las pasiones sólo será posible a través del uso de la razón y de la concepción de un enfoque psicológico de las mismas.

Hasta este punto podemos resaltar la labor realizada por Descartes al proporcionar una explicación por una vía diferente de la teología y de la dogmática cristiana. Haciéndonos ver la existencia de la *res cogitans* y la *res extensa*, por medio de la razón. Y es por medio

de esta misma facultad que el filósofo las estudiará siendo coherente con su pensamiento, tratando de desentrañar lo que compete al alma y al cuerpo desde las verdades de razón.

Esta noción biológica muestra un primer acercamiento de las pasiones a la moral, si bien lo natural, lo fisiológico no está directamente relacionado con la edificación de los parámetros morales según el criterio de las corrientes religiosas de la época, si cumple la función de influir en la concepción de lo bueno y lo malo. En otras palabras, no está Descartes propendiendo a una teología moral, ni la defensa de una postura doctrinal patrística o escolástica simplemente. Pretende más bien, mostrar la posibilidad de interacción de estas pasiones en la “formación de valores” en el hombre.

En la formación de valores propiciados desde las pasiones, debemos distinguir en los sentidos, la importancia de correlacionar las pasiones del alma con las del cuerpo. Explicar como “sentido” las pasiones implica una descripción que se puede dar en términos facticos. Es cierto que las pasiones, incluso las del alma, pueden entenderse desde su acontecer intelectual, pero también estos apetitos, pueden ser mostrados a través de un análisis fisiológico, lo que nos lleva a estudiar al alma desde un plano más terrenal, mas corporal, en su plano actuante. Es en este sentido que podemos afirmar la relación directa que tienen las pasiones con la moralidad. Humanizar al hombre, implica hacerlo partícipe de su propia vida, implica reconocerse como ser pasional y que ese fundamento natural sea capaz de tenerse en cuenta en la edificación de las decisiones morales que acontecen en la vida humana.

El sentido de la pasión en la moral de Descartes no es un apartado prescriptivo de cómo ha de actuar cada pasión en referencia a una situación determinada, se trata más bien, de cómo el hombre en el que se excitan las pasiones debe tener la capacidad de actuar respondiendo a los estímulos y deseos, sin la necesidad de pensar que por actuar conforme a la pasión se es vicioso y actuar contra ella constituye la virtud.

Permitir que la pasión excite en el hombre deseos por lo que considera como bueno y provechoso en pos de una vida afable, es darle protagonismo a la pasión como formadora y afianzadora de estímulos que corresponden a un temple decisivo en el actuar humano. De igual manera, al propender la voluntad guiada por la razón a controlar deseos desordenados que excitan pasiones bruscas, implica también un dominio de sí y una lucha interna por mantener un equilibrio moral. Así, las pasiones no sólo acompañan la creación de valores morales sino que también sirven de racero para medir las decisiones que toma el hombre a lo largo de su vida y si éstas hacen que la dimensión moral del hombre coincida con la búsqueda de la verdad clara y distinta.

BIBLIOGRAFÍA

- Agustín, S. (2009). *Las Confesiones* . España: Biblioteca de Autores Cristianos.
- Agustín, S. (1982). *Del libre Albedrio* . España: Biblioteca de Autores Cristianos.
- De Brower, D. (1998) *Biblia de Jerusalén*. Bilbao: Desclée de Brower editorial.
- Descartes, R. (1995). *Los Principios de la Filosofía*. Madrid : Alianza Editorial .
- Descartes, R. (2008). *Cartas Filosóficas*. Argentina: Terramar Ediciones.
- Descartes, R. (2009). *Las Pasiones del Alma*. Mexico: Ediciones Coyuacan.
- Descartes, R. (2009). *Las Pasiones del Alma*. Mexico: Ediciones Coyuacan.
- Descartes, R. (2010). *Discurso del Método*. Alianza Editorial.
- Descartes, R. (2010). *Meditaciones Metafísicas*. Santiago, Chile.
- Teresa, d. J. (2001). *Obras completas*. Burgos: Monte Carmelo.
- Tomás, S. (2001). *Suma de Teología*. España: Biblioteca de Autores Cristianos.
- Ramirez, R. (2008). *El pensamiento moral en Descartes (Tesis Doctoral)* Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, Colombia.